

CAPÍTULO II

DIFERENCIAS DE LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA ENTRE INGLATERRA Y GINEBRA

Si alguna duda pudiera caber de la superioridad que tienen las instituciones fundadas en las leyes naturales de la sociedad, como la República, sobre las instituciones fundadas en los privilegios de nacimiento y de casta, como las monarquías; si alguna duda cupiera, desvaneceríala por completo la comparación sencilla y somera entre el movimiento religioso que dió la Reforma á Inglaterra y el movimiento religioso que dió la Reforma á Suiza.

En esta nación de la naturaleza, en este pueblo de la libertad; su democracia y su República, moviéndose por impulsos interiores y espirituales, llegan á producir una doctrina, que nacida de la espontaneidad social, se aparta por completo de toda intriga, y se une con el humano espíritu, á manera de los flúidos en el Universo. Estaba indudablemente la religión nueva en las tradiciones y en la naturaleza de Inglaterra. Su origen sajón; las superposiciones normandas, extendidas sobre el fondo primero de la raza inglesa; las leyes seculares, las instituciones parlamentarias, la tradición liberal, todo llamaba en ella con llamamientos, que no podían desoirse, el ánimo general á la revolución religiosa.

Muchos, y muy continuados antecedentes existían allí para engendrar y producir esta esperada transformación. Cuando el catolicismo romano sucede á la conquista romana, la conciencia de esta nación libre é individualista tiende más al Cristianismo puro de los Evangelios que al Cristianismo canónico de los Papas. Tan poco arraiga la Iglesia en aquel suelo, que bien pronto los sajones logran restablecer el Paganismo en tierra, poco propicia ciertamente

á la idea católica. Así, aunque el arzobispo Teodoro somete con facilidad el pueblo inglés á la Ciudad Eterna, quedan allá, en el fondo, aptitudes misteriosas, inclinaciones secretas que apartan al pueblo inglés del seno de la Iglesia. Los Papas llamarán á la grande Isla británica la Isla de los santos; y sin embargo esta denominación mostrará los combates allí sostenidos por los héroes del Pontificado y por los representantes del catolicismo. En los siglos primeros de las irrupciones bárbaras la movilidad propia de los pueblos errantes y nómadas se somete á los cambios de religión y de instituciones con una facilidad prodigiosa. Basta que un obispo, como Ulfilas, pase el Danubio para llevar á cualquier jefe godo la Biblia de los arrianos; y ya el arrianismo prende y se arraiga en esa raza, la cual varía de religión y se hace católica por un simple rescripto de Recaredo, que solo encierra la personalísima conversión de sus reyes.

No podía exentarse de semejante ley, ni desmentir su histórico destino la raza de los sajones. Un apóstol, enviado por Roma al centro de la Europa continental, el apóstol Bonifacio, ejercerá en la raza sajona el mismo influjo que Ulfilas en la raza gótica; pero hallará Bonifacio dificultades propias de la complejidad natural á Inglaterra. Establecido en Francia, encabezando los concilios ortodoxos, combatirá al apóstol que viene de las islas británicas con una especie de adivinación anticipada de las ideas revolucionarias; y desde Francia ejercerá una inmensa influencia sobre Inglaterra. Bien es verdad que Inglaterra misma enviará desde su seno al continente, y con especialidad á Francia, en siglos de sumisión y de fe, doctores que expliquen teorías alejadas de la ortodoxia católica é inclinadísimas al panteísmo racionalista. El mismo Alfredo el Grande, ilustre fundador de la Universidad de Oxford, reúne sabios de las islas británicas, y sabios del continente entero, para obligarles á verter en lengua vulgar el Evangelio y la Biblia. Este Cárlo-Magno británico muere traduciendo los salmos de David. Todo cuanto hay de más señalado en la historia inglesa, todo cuanto determina el carácter inglés en el mundo, sabe hasta en los siglos de fe, á herético, cual si la herejía estuviese diluida en los jugos de tan extraña tierra. Por esta ley el normando Guillermo el conquistador, á cuyas hazañas se debe el establecimiento de la aristocracia británica, lucha, y lucha con perseverancia, contra el predominio de la Roma

pontificia. Bien es verdad que, siglos despues, el Pontificado se sobrepone á todo, merced á Gregorio VII, á las Cruzadas, al feudalismo en su zenit, al municipio en su cuna; pero tambien es verdad que Inglaterra, vencida un momento por el espíritu universal de aquellos siglos, recobrará su ingenuo é íntimo carácter nacional. A fines del siglo undécimo llega, desde el seno de la península italiana, al seno del archipiélago británico el doctor de los doctores San Anselmo el Grande, quien habia visto en sus montañas nativas de Aosta las bases del trono de Dios y en toda la tierra de Italia las bases del trono de los Papas. Él llevará al seno de Inglaterra y á la diócesis de Cantorbery el espíritu que emancipa la Iglesia de los reyes y la somete á los Papas en la hora misma en que Urbano II, á fines del siglo undécimo, recoge la cosecha sembrada durante la misma centuria, por el inmortal Gregorio VII.

Poco despues sucede uno de esos dramas, frecuentes en los dramáticos anales de la Edad media. El primero de los Plantagenets, el nunca olvidado Enrique II, tomó por canciller á Tomás Becket. Inglés por su padre, sirio por su madre, sacerdote dotado con la rica prebenda de Asetin, al par que guerrero revestido del mando de la torre de Lóndres, Lord-canciller un día de toda Inglaterra, en cuyo cargo desplegó la arbitrariedad y la ostentacion propias de su sangre asiática, arzobispo mas tarde, por mandato real, de Cantorbery, donde supo desmentir la primera mitad de su vida y llegar hasta las austeridades de los cenobitas y los milagros de los santos; como, en su defensa de la autoridad eclesiástica y de la supremacía romana, muriera en su propia catedral, inmolado al pié de los altares por una banda de asesinos que se decian defensores del monarca por las pretensiones del clero atribulado; este, que recibió en el corazon terrible herida asestada por aquellos puñales monárquicos, entra en el templo, manchado de sangre, se arrodilla sobre la tumba del mártir inmolado y deja en holocausto á la penitencia que ochenta eclesiásticos pasen con látigos tras de él y descargue cada uno cinco latigazos sobre sus espaldas desnudas, para que la sangre régia se mezcle con la sangre episcopal en aquella hora solemne de la supremacía pontificia.

El hijo de Enrique II, Juan Sin Tierra, depuesto por Inocencio III, á causa de un conflicto episcopal, quiso declarar su soberano á un rey moro de España, y desahuciado por el rey moro de España, se rindió á discrecion del

rey-Papa de Roma. Parecia, pues, que desde los tiempos de Urbano II hasta los tiempos de Inocencio III, ora por el poder de preladados tan ilustres como San Anselmo y Santo Tomás, ora por la debilidad de reyes tan extraños como Enrique II y Juan Sin Tierra, el poder de los Papas iba fuertemente á establecerse y arraigarse allá en la herética Inglaterra. Pero bien pronto el espíritu nacional trascenderá con todo su poder á través de todos estos obstáculos. Una protesta nacional se eleva de manos de la aristocracia en el momento mismo en que el monarca Juan Sin Tierra lanza la corona de los Plantagenets á los piés de los legados del Papa. Cuarenta y cinco barones ingleses, armados de piés á cabeza, caballeros en altivos corceles, rodeados de su corte y de sus feudatarios, seguidos de dos mil guerreros, enviaron una diputacion al rey, recabando las antiguas libertades, que preservaban á Inglaterra y á su aristocracia, tanto de las invasiones excesivas de la monarquía, como de las invasiones excesivas de la Iglesia. Esta especie de revolucion política, provocada por el poder pontificio, precede como un término en la serie de las ideas, como un eslabon en el enlace de los hechos á las revoluciones religiosas. Con su instinto soberano de conservacion así llegó á sentirlo y á comprenderlo el Pontificado. Inocencio III adivinó, pues, que tras la emancipacion política vendria tarde ó temprano la emancipacion religiosa. Entablóse, de esta suerte, un combate mortal entre el Pontificado romano y la libertad británica. Inocencio III declaró nula y de ningun valor la magna carta por el poder aristocrático arrancada resueltamente á la debilidad de Juan Sin Tierra. Y despues de haber declarado nula esa constitucion británica, prohibió, bajo penas severísimas, al rey que confirmara los privilegios pedidos por los nobles á instigacion de Satanás. Juan Sin Tierra, en sus angustias, envió embajadores á Roma con expreso encargo de preguntar cuál especie de régimen cuadraba mas á Inglaterra. Tanta humillacion del rey no hacia mas que exasperar las pretensiones de la Iglesia y las resistencias de la aristocracia, en cuyo fondo se hallaba la sustancia de la complexion natural á Inglaterra. El combate político entre el Papa romano y el patriciado inglés, precede en tres siglos al combate teológico entre el Papa romano y la inglesa monarquía.

Los barones sostienen con ahinco la constitucion, donde constan sus li-

bertades históricas; y el Papa los excomulga. Heridos á esta excomunion, levántanse contra el excomulgador de Roma y su lugarteniente el rey de Inglaterra. «Hé ahí, dicen, el vigésimo quinto rey de nuestra tierra. Un reguillo vergüenza y oprobio de los reyes verdaderos, rey sin reino, quinta rueda de un carro, confusion de los pueblos, soberano antes y al fin de su vida rebujo y desecho de toda la sociedad. Juan Sin Tierra, que devoraba estos agravios, y no podía obtener de ellos ni satisfaccion ni venganza, entregábase á la desesperacion mas exaltada. Su pecho despedia suspiros cargados de vapores de lágrimas; sus dientes rechinaban con el estrépito de las piedras que se entrechocan en los estremecimientos volcánicos; sus ojos se le escapaban de las órbitas en los espasmos de la furia; y dándose á correr por los campos y montes, como un loco furioso, mordía hasta las ramas de los árboles, cual si estuviera tocado de hidrofobia, y se echaba por tierra pidiéndole en su furor anticipada sepultura. En esta situacion trágica burlábanse los barones ingleses de los rayos del Papa y de las contorsiones del rey. Este, implacable, allegó en el continente numerosas partidas de aventureros compuestas de bandidos, que lanzó sobre todo su reino seguidas del pillaje, el saqueo, el incendio, la desolacion, el exterminio. Casa en que dormian por la noche, pegábanle fuego por la mañana. Nubes de sicarios, parecidos á séres fantásticos, manchados de sangre como el vendimiador se mancha de mosto en el lagar, corrian por las noches, con la tea en las manos y la espada en los dientes, incendiando desde las cabañas hasta los castillos; y á la luz rojiza de las llamas, cometiendo desde la violacion de las mujeres hasta el asesinato de los hombres. Gritos de maldicion llenaban los aires y hacian estremecer el suelo. Un día acababa Juan Sin Tierra de perpetrar una de sus mas criminales hazañas. Habia recorrido un territorio y sembrado en su seno la muerte. Tornaba de esta horrible correría, cargado con los despojos del botin, cuando, en el momento mismo de pasar un rio, se abrió la tierra y se tragó todos sus tesoros. Juan, nervioso de complexion, supersticiosísimo de creencias, aterrado á la continua por magnéticas visiones sobrenaturales, creyó que la tierra le faltaba y el infierno se le abria bajo las plantas; y huyó del trono y se fué á un convento, donde murió bien pronto de borrachera y de miedo.

Causa como la de Roma en Inglaterra, sostenida por rey como Juan Sin Tierra, no podía aguardar ciertamente que Dios prosperara sus días. Aun estaba caliente el cadáver de Juan, cuando surgia un hombre, Roberto Capito, que leia las escrituras en su original y preparaba la revolucion religiosa. Como el Papa diese beneficios injustificados á jóvenes italianos en las Iglesias británicas, Roberto se rebeló con dignidad, y dijo que su voto de obediencia y sumision á los cánones le impedia obedecer á los Pontífices. Este comienzo de resistencia y el desarrollo de las libertades arrancadas á la debilidad de Juan Sin Tierra dieron á la nacion británica un verdadero esplendor. Las razas normanda y sajona se acercaron, los jefes de la nacion, dispérsos antes por las regiones continentales, convirtieron todo su poder al fomento de la isla; las naves de Inglaterra comenzaron á extender sus blancas velas por todas las aguas del planeta; la victoria siguió á los ejércitos; los fecundos derechos, arrancados á la monarquía, fundaron á una instituciones é institutos, en que la actividad pública se ejercitaba y se extendía. Los reyes de Francia llegaban prisioneros á la torre de Lóndres y los reyes de Inglaterra se coronaban en la ciudad de Paris: que nada tan vivificante como la luz y su calor en el Universo y como la libertad y su virtud en el pueblo.

Después de este gran movimiento, debía venir la renovacion de todo el espíritu británico; y esta renovacion debía verse representada por Wicleff, el Bautista de la revolucion religiosa en Inglaterra. Es verdad que la doctrina de este reformador murió como todas las doctrinas prematuras, que se anticipan á su verdadera sazón y á su tiempo natural; pero, allá, en las hondas profundidades de la sociedad, allá en las catacumbas eternas de la historia, una secta, que poco á poco desapareció de la luz del día para encerrarse en los terruños, donde las semillas se fecundan, mantuvo la tradicion revolucionaria, y ligó unos tiempos con otros tiempos y unas ideas con otras ideas. Cuando se les veia llenos de ignominia, alejados del trato de las gentes, conspuidos por la reprobacion universal, envueltos en burdos sayales semejantes á frias mortajas, condenados á sostener un cirio á las puertas de las iglesias como reos de crímenes increíbles, nadie dijera que, en tanta humillacion, se hallaba encerrado el gérmen, que habia de producir la brillante y orgullosa religion británica.